**Eolo, el dios del viento.**
Cerca del centro de la ciudad de Mar del Plata existe un barrio llamado La Perla, un paisaje bañado en escolleras con rocas milenarias, lugar de lomas enormes y curvas que sirven como mirador del resto de la ciudad. En él conviven distintos balnearios, estructuras con escaleras que suben y bajan sin dirigirse a ningún lugar en especial. Lugares de descanso de muchos de los turistas y residentes que pasan sus días, ya sea en la arena de la playa o en el verde de la plaza que abraza la zona.

En la bajada que da al Balneario Alicante (el último de los balnearios de La Perla en dirección hacia el norte) existía una curva maldita. En la misma, Eolo, el dios del viento, paraba con sus cuatro amigotes (Céfiro, Noto, Boréas y Euro).

Al inmortal le gustaba simplemente, en aquellas tardes de aburrimiento, jugar con los burgueses que pasaban por ahí.

Les leía el alma y dividía a los poetas, esos que siempre parecen perder en silencio por bonachones y hombres sensibles, de los contadores y odontólogos aficionados a sacar muelas: A los primeros les acariciaba la nuca con una suave brisa, a los desgraciados rigurosos y refutadores de leyendas los revoleaba por el aire y los hacía estrellar contra las rocas de la escollera.

Marcos Valentonni era un muchacho triste de la calle Tres de Febrero, ubicada a unas pocas cuadras del Balneario La Perla. Vivía con su madre y su hermano, la familia había sufrido la pérdida del padre de Marcos hacía ya treinta y cuatro días.

Marcos los contaba, de atrás para adelante, y pensaba cuántos días iban sin ver a su padre para luego llorar hundiéndose en el pensamiento inverso relacionado con la longitud de la eternidad, aquella que se lo había llevado y que nunca jamás lo soltaría.

Pensaba también en el deterioro imposible de recomponerse como familia, maniatados nunca podrían salir de su congoja.

Encontraba un pequeño aliciente (en realidad un momento donde podía despejar la mente) que resultaba de caminar por las calles de la ciudad, pintar en su mente las correcciones que le haría a los horizontes para plasmarlos en un lienzo. Él prefería la costa, el mar y el sol junto a las infinitas formas de las nubes. Prefería angustiarse, despejar su mente, entrar en el vacío mental y luego crear.

Un domingo, pasando las siete de la tarde, se dirigió a la esquina, esperó que el rojo del semáforo le diera paso y con lágrimas en el rostro cruzó hacia la costa para poder observar el infinito del horizonte en Puerto Cardiel.

Llegó y se sentó sin pensar en la leyenda de los domingos a la tarde, no le importaba absolutamente nada. Se sentó mirando hacia el horizonte, sintió frío en el cuerpo (ya que la piedra que formaba un asiento estaba helada) y pensó pues en la verdadera valoración de la vida, si Dios (o quien sea) era realmente “justo” y en la finitud como mortales.

Un alarido lo trajo nuevamente a la realidad. Fue el de Ricardo Moratta, un prestamista de la Peatonal que paseaba su pequeño y chillón perro, un detestable caniche. Eolo se encargó de lanzarlo por el aire, luego le hizo chocar la cabeza contra un semáforo para medio moribundo hacerlo pegar con la espalda en la roca más puntiaguda de la escollera.

En ese momento se oyó un silencio... y por último una carcajada socarrona de los cinco amigotes. Marcos, sintió una irrefrenable sensación de autodestrucción y comenzó a correr intentando alejarse de la zona. Cuando Céfiro, encargado de los vientos del oeste, lo vio venir percibió en su alma un joven triste, un joven con pocas ganas de vivir. Tal vez fue su osadía la que lo hizo remontarlo en vuelo.

- ¡Ay papá! ¡Allí voy a pedirte perdón! – gritó el muchacho. Eolo posó su oreja en lo que próximamente diría Marcos:- ¡Antes de tu muerte nunca dije que te quería, por eso si bien no sé si hay un Cielo muero por saberlo! -

(Prosiguió haciendo una pausa que pareció durar una pequeña eternidad)

- ¡Porque si lo hay te lo podré decir! ¡Te quiero y te extraño papá! De no haber nada después de la muerte bien valió el intento -

Al borde del desmayo sintió ver su corta vida en dos segundos. Conmovido, el dios del Viento bajó la mano de Céfiro que ya lo tenía a siete metros de altura y acompañó al mortal con una suave brisa hacia la arena de la playa. A continuación ordenó a sus subordinados retirarse de este juego perverso.

Marcos despertó unas horas después en la playa con una frase recurrente en su cabeza:

“Él también te quiere mucho”